



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

CARTA XIII desde ALEPO

I.13.04 – El Señor della Valle llega a Jerusalén.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.

Fecha de Publicación: 07-06-2024

Número de páginas: 10

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu



Centro Europeo
para la Difusión
de las Ciencias Sociales

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE “EL PEREGRINO”

Primera parte

A L E P O



CARTA DECIMOTERCERA

15 de junio de 1616

I.13.04 – El Señor della Valle llega a Jerusalén.



Plano de Jerusalén.

Grabado en cobre de August Christian Fleischmann.
Circa 1736.

13ª CARTA desde Alepo

(15 de junio de 1616)

entrega I.13.04

El Señor della Valle llega a Jerusalén.

En la entrega anterior (I.13.03), el Sr. Della Valle visita los restos del palacio de los filisteos; luego viaja hasta Rama, y allí le muestran la Iglesia de San Jorge, donde dicen que éste mató al dragón, y Della Valle señala la posible confusión con el mito de Andrómeda y Perseo.

Llegada a Emaús.

(I.13.04) – “... Es mi parecer que Emaús debió ser un enclave importante, aunque hoy solo se aprecie un montón de ruinas con unas pocas casas, o más bien chozas de pastores; pero yo vi entre ellas magníficos vestigios de edificios de piedra, y cisternas talladas a cincel y martillo en la roca viva de la montaña, en cuya cumbre fue construida Emaús, rodeada de olivares y de buenas tierras fértiles con gran variedad de frutales plantados en terrazas de guijarros, al igual que se hace en las montañas de Génova.

Partida de Emaús.

A la mañana siguiente, Martes Santo, veintinueve de marzo, partimos a mediodía de Emaús para dirigirnos hacia Jerusalén. Atravesamos continuamente montes y valles que, aunque muy agrestes, dan la impresión de ser muy feraces por el cuidado y trabajo de quienes cuidan esas tierras.

Llegada a la puerta de la ciudad de Jerusalén.

Me había acostumbrado, con el frescor de la mañana, a caminar diariamente unas cuantas millas para hacer un poco de ejercicio, pero ese día, al pasar de un monte a otro, me encontré de pronto tan cerca de la Ciudad Santa que consideré que me iría bien acabar el camino a pie, pensando también en hacerlo así en aras de mi devoción; de modo que, revestido con mis hábitos de peregrino, marché, paso a paso, delante de la caravana hasta arribar al final adonde me había propuesto, ante las murallas que había avistado a una milla a lo lejos, pues al estar la ciudad situada en un valle más bajo que la ruta que viene por lo alto de las montañas, no se la puede divisar desde muy lejos. Llegamos a una de sus puertas, la que llaman de Rama. En árabe *Babel Chalil*, cercana al castillo o ciudadela que une las murallas.

Los religiosos del Santo Sepulcro vienen a recibirle.

Los Padres Franciscanos, los que acogen a los cristianos en su convento, al haber sido advertidos de nuestra llegada, enviaron al Padre Vicario en persona, que se presentó ante mí con numerosos monjes de su Orden, acercándose hasta la misma puerta, en donde es costumbre recibir a los peregrinos. Allí tuvimos que permanecer cierto tiempo porque, aparte de pagar un peaje, sobre todo los cristianos, no se puede penetrar en la ciudad sin un

permiso especial, sobre todo después de las guerras pasadas que han hecho que siempre exista un cierto recelo y un odio secreto contra los cristianos.

Por fin, cuando el segundo Bajá de la ciudad hubo venido, y dio su visto bueno, permitiéndonos el paso, los religiosos nos acompañaron hasta su convento; no al del Santo Sepulcro, porque éste es muy pequeño, y ni siquiera los religiosos viven allí, pues es un lugar compartido con otras nacionalidades en donde cada una tiene su estancia, como os contaré más adelante, y permanece cerrado con una llave custodiada por los turcos. Allí solo hay dos o tres religiosos consagrados de continuo a la oración, y custodiando los Santos Lugares; el resto de la Comunidad reside en un Convento aparte, llamado del Santo Salvador, adonde se retiraron tras perder la Iglesia de la Montaña de Sión, en la que habían vivido anteriormente, y que los turcos han convertido en mezquita.

Los religiosos le llevan a su convento de San Salvador.

Los religiosos nos condujeron hasta el Convento de San Salvador, en donde en cuanto llegamos, los turcos inspeccionaron cuidadosamente todo nuestro equipaje para ver si encontraban algo por lo que tuviéramos que pagar algún impuesto a las aduanas, o bien armas, que se cuidan de incautar de inmediato; aunque nosotros conseguimos ocultar una parte de las nuestras, que los turcos no hallaron, y únicamente recibieron las que pertenecían a nuestra escolta turca, mientras que las demás nos las dejaron, gracias a nuestro Capigi, que dio algo de plata a los oficiales.

El Señor della Valle es considerado entre los turcos como alguien de muy alto rango.

A este propósito, os diré algo bastante jocoso, por culpa de la fama que había precedido mi llegada a Jerusalén, y que, como vos sabéis, es cosa de la fama propalar generalmente tanto verdades como mentiras. En fin, os diré que nada más entrar me vi acompañado por un numeroso cortejo, y no solo de peregrinos, de tal modo que para los turcos, acostumbrados a despreciar todas las cosas, y a llevar una vida peor que las bestias, a las que mucho se parecen, yo debía ser, sin lugar a dudas, una personalidad importantísima, al ver a toda aquella gente y la cantidad de equipaje, cuya propiedad me atribuyeron durante el camino, en los lugares en los que se exigía derecho de paso, así como no sé cuántos camellos de los que venían de El Cairo, cargados de provisiones para los religiosos, quedaron convencidos de que todo aquello me pertenecía. Así que de pronto me vi disfrutando de una gran reputación, pues hasta el populacho me tomaba por el hijo de un rey, y como tal hablaban de mí en todas partes; aunque mi padre jamás fuera rey de Francia, ni de España, ni que yo sepa de ningún otro país de la cristiandad, más bien me imagino yo que de serlo, lo habría sido, o de la Isla Filisquitia, o de algún otro Reino similar, de esos que aparecen en las aventuras de los Caballeros andantes. En fin, que fuera como fuese, la gente del pueblo me veía de ese modo, y alguno aseguraba que, al descargar todos los bultos, él había llevado sobre sus

hombros un saco lleno de cequíes. Creo yo que ese hombre se engañó con un saco en el que iban bridas de caballos, con unas cuantas anillas de metal que hacían un ruido parecido al chocar de las monedas.

El Gobernador de Jerusalén busca la amistad del Señor della Valle.

Esos rumores llegaron hasta oídos del *Sanjaco*, o *Bey* de la ciudad, que ya había sido informado de mi llegada; pero no creo que prestara demasiada atención a esas patrañas; aunque, a decir verdad, el saco de cequíes le había causado tal impresión, que empleó toda su “artillería” para intentar dejarlo vacío. Lo que os voy a contar a continuación me confirma esta certeza, pues él me había tomado por un *Beig*, o *Beigzadé*, ya que yo portaba nada menos que un firman del Gran Señor, y se había propuesto buscar alguna excusa para meter mano en ese pretendido tesoro, pero el pobre hombre no lo consiguió, ya que tenía que habérselas con los cristianos, que no son tan simples como para dejar a los turcos utilizar sus tretas.

Un gentilhombre establecido en el país viene a visitarle.

De entrada, cuando llegué al convento, un gentilhombre griego de Constantinopla, acompañado de una buena escolta, vino a presentarme sus respetos. Este caballero, aunque cristiano y vasallo, era muy estimado por los turcos por su riqueza y liberalidad, y tenía algún cargo en la Corte del Gran Señor. De vez en cuando nos veíamos; pero su visita me resultó un poco embarazosa, porque le daba demasiada importancia a mis títulos nobiliarios y a mi riqueza, aconsejándome; algo por lo que él suponía que yo debería estarle obligado, e intentando persuadirme de que esos consejos me los daba por mi bien, y solo porque me tenía en gran estima. Él también había hecho el mismo viaje hacía poco tiempo, y me conocía sólo por mi reputación, ya que hasta ahora nunca nos habíamos cruzado. Sin embargo, como deseara grandemente entablar amistad conmigo, vino asiduamente con mucha educación y franqueza al lugar en que residíamos, y para demostrarme de antemano su deseo de servirme, como persona bien enterada que era, me informó de muchas cosas, entre otras, de que Jerusalén era la Ciudad del Imperio del Turco; la más maledicente y en donde la injusticia reinaba por doquier. Me advirtió de que yo no debía bajar la guardia, porque temía que el *Sanjaco*, de naturaleza avara, al ver lo instruido que era yo, no me fuera a insultar de algún modo, igual que hizo con un noble veneciano, que había pasado por allí dos o tres meses antes, y se había mofado del *Sanjaco*. La historia fue que, al ser advertido el *Sanjaco* de la llegada de este noble, ordenó que se presentara ante él inmediatamente para presentarle sus respetos, sabiendo bien que, según las costumbres y usos del país, debería llevarle un presente, y que, viniendo de una persona generosa, a un Gobernador de Provincia como él, no podría llevar más que un regalo de valor considerable. El veneciano, hombre inteligente, se presentó ante el *Sanjaco*, le hizo una reverencia, besándole además los bajos de la túnica, le cumplimentó con una serie de venias, y, en fin, hizo todo cuanto le sugirió el *Trujimán*, hasta que,

Habilidad de un veneciano contra el Gobernador de Jerusalén.

al regresar a casa, éste le dijo que había que enviarle un presente; pero el veneciano, en lugar de seguir los consejos del trujimán, se retiró hábilmente, marchándose en cuanto pudo de la ciudad; con lo que el pretendido regalo se esfumó. Dicho esto, el Sr. Scarlatty, este caballero griego, intentó persuadirme de que el Sanjaco no querría recibir de mí un trato como aquel, que estaría ojo avizor, y que, en caso de necesidad, siempre encontraría alguna forma de hacer prevalecer su rango y autoridad, porque en Turquía no existe la lealtad, y cuanto más digna sea una persona, más será despreciada por esa canalla.

Resumiendo, estas son más o menos las maneras que se gastan por aquí. Por todo ello, el griego me aconsejaba que, para prevenir cualquier incidente, fuera a saludar al Sanjaco, mostrándole el firman (del Gran Señor), y llevándole un presente, no extraordinario, aunque sí valioso y digno de él, y de ese modo –me decía el griego–, “le cerraremos la boca y no se atreverá a pedir ninguna otra cosa”.

La conducta de los turcos para con los cristianos es insoportable.

A todos estos argumentos añadió que yo podría presentarme con franqueza y que me recibiría con gusto, con todos los honores, haciendo que me sentara junto a él, ofreciéndome un *cahvé*¹, y dándome de comer hasta saciarme; algo que los pobres griegos deben tener en gran estima, pues como han estado acostumbrados a vivir en esclavitud bajo la tiranía de los turcos, cuando pueden llegar a recibir esos honores, piensan que han tocado el Cielo con los dedos; aunque mientras tanto hayan de sufrir el ser tratados con una serie de desprecios insoportables, como el que les llamen “de tú”, como si fueran perros, y que, al contrario, a cada palabra que pronuncien los turcos, los griegos deban responder *Sultanum*, con mil y una profundas inclinaciones y reverencias, junto con cien otras bajezas indignas desde luego de personas libres e independientes.

El Señor della Valle no acaba de decidirse a ir a saludar al Gobernador de la ciudad.

Estas consideraciones, las mismas que ya os he comentado hablando del Bajá de Gaza, (con el que, en cambio, se podía tratar más cómodamente, ya que tal y como os he dicho, era un hombre cortés y educado, muy diferente al de Jerusalén, que, para hablaros francamente, no era más que un tipo pérfido y malvado) me previnieron de que el consejo del Señor Scarlatty, aunque fuera leal y amigable, me resultaba injurioso; por lo que, disimulando mis sentimientos por respeto, tomé la decisión de evitar por todos los medios la visita al Sanjaco, aunque, a fin de prevenirlo, como me decía este gentilhombre, envié a la mañana siguiente a mi *Capigi*, para que le avisara de los motivos de mi llegada, presentándole el *firman* del Gran Señor, además de una Carta muy afectuosa de recomendación a mi favor, de parte del *Muftí*, que era pariente suyo, y que el Señor Embajador de Francia me había procurado

¹ Café en turco.

expresamente en Constantinopla, al ser conocedor de que este Sanjaco no podría hacer nada, a la vista de esta Carta de presentación que llevaba yo.

Envía a un Capigi en su lugar.

En efecto, la misiva causó el efecto previsto, porque desde el momento en que la tuvo en sus manos, resolvió comportarse conmigo con más educación y modestia; aunque no dejara de darme pruebas de sus bajezas, como os comentaré enseguida. El *Capigi* le presentó también mis excusas, y le dijo que yo no había podido ir a saludarle como es debido y con los protocolos adecuados debido a mi desconocimiento de la lengua, así como a la fatiga del camino que me había dejado bastante indisposto, habiendo de guardar cama. No quiso de ningún modo aceptar la excusa de mi falta de conocimiento de la lengua, alegando que él tenía trujimanes¹; aunque sí admitió la de mi indisposición, aguardando hasta que me restableciera; ya que cuando llegaba un *Beig* cristiano a la ciudad, el buen entendimiento exige de su cargo que él, como *Beig* y Gobernador, le visite y ambos traben amistad. Yo me sentí bastante satisfecho [con este primer contacto] porque, a mi parecer, las cosas marchan mejor, cuando uno no se precipita.

El Miércoles Santo pasó de esta suerte, con estas conversaciones, y yo, tanto para justificar mi indisposición, como para descansar de las fatigas del viaje, permanecí en casa, visitando tan sólo la Iglesia del Monasterio de San Salvador, en donde también me siguieron dispensando las mismas deferencias con que me habían honrado anteriormente en el Monasterio de la montaña de Sion.

El Señor della Valle se dispone a visitar los Santos Lugares.

A la mañana siguiente, la del Jueves Santo, tiempo de penitencia, siguiendo el Consejo de los Padres, y viendo que ese día era muy apropiado, quise unirme a otros peregrinos cristianos que habían llegado por otras rutas a visitar los Santos Lugares, por esa vía que llaman Dolorosa, debido a que fue la que recorrió Nuestro Señor bajo el peso de la cruz, para ser crucificado en el Calvario. Así que me dispuse a visitar todos los demás sitios que la Pasión del Señor ha hecho célebres. Vestí mi hábito [de peregrino], que no me he quitado desde que llegué a Jerusalén, y me fui llevando como guía a un religioso bastante culto, que nos mostró todos los Santos Lugares, paso a paso. Muy largo sería el detallároslos, pero espero que la descripción que haré de todas estas cosas tan santas y religiosas que he vivido, no os fatigue.

Se viste con un hábito de peregrino.

Lo primero que nos encontramos al salir del Convento y tras andar un poco por ese camino, fue una especie de doble arco, antaño puerta de la ciudad, bajo el que hay que pasar, y que es el mismo lugar por el que Nuestro Señor salió, cargado con su Cruz, para ir al Monte Calvario, antiguamente fuera de

¹ Traductores y/o intérpretes.

la ciudad, al igual que el sitio en el que se ha construido la Iglesia del Santo Sepulcro que, junto con otra buena parte de la ciudad, encierra el Monasterio de los Religiosos y muchas otras cosas, que ahora se hallan dentro del recinto amurallado. Así que accedimos por esta arcada o puerta, a esa parte de Jerusalén, desde donde justamente da comienzo la Vía Dolorosa, por la que avanzando en sentido contrario a como lo hizo nuestro Señor, nos encontramos, un poco más lejos, a mano derecha, con la casa de La Verónica, que todavía existe, e incluso está habitada; la casa desde donde ésta, apiadándose al ver la cara de nuestro Señor llena de escupitajos y de barro, salió a la calle y le enjugó el rostro con el velo que llevaba, y en el que quedó grabada la imagen de Su Santa Faz.

Casa de la Verónica.

Muy pronto estuvimos ante una gran mansión en ruinas; según dicen, la del rico Epulón, y más allá, el lugar en donde obligaron a Simón el Cirineo a llevar a sus espaldas la cruz de nuestro Señor, cuando Éste cayó bajo su peso. Algo más adelante, en un espacio bastante amplio, no muy lejos de las murallas de la ciudad, frente a la Puerta por la que salió San Pablo antes de su conversión para perseguir a los Cristianos, vimos el sitio en donde las piadosas mujeres de Jerusalén derramaron sus lágrimas, y a las que Nuestro Señor, volviéndose, les dijo: *Filiae Ierusalem, nolite flere super me*¹. Luego, a mano derecha, llegamos hasta donde en otros tiempos hubo una iglesia, ahora en ruinas, a la que los cristianos llaman del Desvanecimiento de Nuestra Señora, porque fue aquí en donde cayó desmayada del dolor de ver a su hijo con la cruz a cuestas.

Lugar en donde Jesucristo dijo a las mujeres de Jerusalén: Nolite flere super me.

Proseguimos el recorrido y nos encontramos con una gran arcada de piedra, que atravesaba la calle que transitábamos. Allí había habido una plaza en otros tiempos, aunque ahora solo queda un camino rodeado de casas. Fue, desde lo alto de esta arcada, a guisa de gran balcón, desde donde Pilatos, tras haber dejado a Nuestro Señor en el deplorable estado que uno pueda imaginarse, ensangrentado por los latigazos, y coronado de espinas, lo expuso al pueblo, diciendo, *Ecce homo*², y en ese mismo lugar fue en donde el pueblo gritó, *crucifige, crucifige*³.

Desde donde Pilatos mostró a Jesucristo al pueblo, diciendo: Ecce homo.

Nosotros, no contentos con haber contemplado estos arcos desde abajo, subimos a la parte alta, y allí nos pusimos a orar. Todavía se aprecia en el centro una columna que sostiene dos arcos, con dos grandes ventanas, que dan a uno y otro lado de la calle. Descendimos enseguida, y volviendo al camino que habíamos dejado atrás llegamos a pocos pasos de allí al palacio

¹ *Filiae Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete et super filios vestros.* “Hijas de Jerusalén, no os aflijáis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos”.

² “He aquí al hombre”. Nota de la traductora.

³ “Crucifícale, crucifícale”. Nota de la traductora.

de Herodes, situado en esa misma plaza, junto con el de Pilatos, ambos al mismo nivel y alineados con la calle, aunque en la actualidad el de Pilatos ha perdido una parte de sus estancias, y una callejuela lo separa de la arquería, aunque es evidente, a la vista de sus antiguos y magníficos edificios, que en su momento era todo un único conjunto.

El *Sanjaco* o *Beig*, es decir, el Gobernador de la Ciudad, tiene en ese palacio su morada, en cuya entrada se ve una rampa construida de tal modo que se pueda acceder a caballo por ella; aunque al lado de los muros antiguos se nota que anteriormente hubo allí una escalinata; escalinata que otrora se desmontó, trasladándola a Italia para construir con ella los peldaños de la Escalera Santa¹ de Roma. Esa escalinata es la misma que nuestro Señor subió y bajó en muchas ocasiones, y la última, cuando salió con la Cruz a cuestras para ser crucificado en el Calvario. Me han dicho que todavía puede verse en el interior de la casa el *lithostrotos*² desde donde, según San Juan, Pilatos pronunció aquella funesta sentencia. Yo no he podido verlo porque, por razones obvias, era consciente de que jamás debería entrar en la casa del *Sanjaco*.

*Palacio del que
se extrajo la
Santa
Escalinata de
Roma.*

En este lugar, es decir, en el palacio de Pilatos acaba la Vía Dolorosa, aunque la calle continúa más adelante, y al avanzar, todavía pudimos observar allí cerca un antiguo pórtico, también perteneciente al palacio de Pilatos, con la columna en la que nuestro Señor fue flagelado. Ese pórtico, ahora tapiado, sirve de morada a una pobre gente.

La Historia impresa en Nápoles, y que nuestro Señor Andrea me envió hace tiempo a Constantinopla, menciona este sitio en el que dice que se puede oír un ruido milagroso, como golpes de latigazos; es algo totalmente falso, así como esa otra fábula sobre el sonido de la bofetada que le dieron a nuestro Señor. Me estuve informando todo lo que pude, porque ya había oído antes de estas fantasías, pero no saqué nada en claro; además, estoy seguro de que de haber habido algo, os puedo asegurar que los turcos me lo habrían enseñado en cuanto hubiera visto dinero de por medio. Por otra parte, hay que señalar que ellos también consideran a Jesús un gran Profeta, y sienten una gran

¹ Según una antigua tradición cristiana, la escalinata, perteneciente al palacio de Poncio Pilatos en Jerusalén, fue mandada traer a Roma por Santa Helena, madre de Constantino I, en el año 326 d.C. Por esa escalera Jesús de Nazaret subió el Viernes Santo para ser juzgado y posteriormente bajó para su crucifixión. https://es.wikipedia.org/wiki/Escalera_Santa. (29-01-2024)

² Sobre la palabra lithostrotos: lugar en el que se alzaba el tribunal de Pilatos en Jerusalén. Más información: <https://es.wikipedia.org/wiki/G%C3%A1bata#:~:text=No%20se%20trata%20de%20una,tal%20pavimento%20hab%C3%ADa%20sido%20puesto> (27-01-2024).

veneración por todo lo que le concierne, aunque negando, al igual que el impío Arrio¹, que sea Dios...”



Próxima entrega: I.13.05 – El Huerto de los olivos y El Cenáculo.



¹ Sobre Arrio y el origen del arrianismo: <https://es.wikipedia.org/wiki/Arrio> (5-07-2023).